

NUEVO ENSAYO SOBRE LA CEGUERA

EL PROBLEMA DEL NACIONALISMO

COMO CAMPO DE DISPUTA

*Pablo Pryluka**

* *Historiador,
investigador de la
UBA y militante
de la Juventud
Rebelde 20 de
diciembre*

I. Hace ya casi dos décadas un afamado historiador inglés decía en una conferencia que una de las tareas centrales de los historiadores consistía en cuestionar los mitos nacionales. Atravesado por un siglo XX testigo de conflictos y genocidios en nombre de pasiones nacionalistas, este diagnóstico parece manifestar un espíritu finisecular que se ajustaba a las penurias que lo habían precedido. No obstante, pensar en la actualidad en el desafío que supone hablar de temas como el nacionalismo o la idea misma de Nación nos inscribe en unas discusiones que preceden y superan a esta propuesta desmitificadora. Si, por otra parte, tenemos la voluntad de visitar algunos de los problemas históricos que han atravesado Nuestra América, la cuestión cobra una centralidad inusitada.

De todos modos, debemos ajustar este gesto inicial a una mayor precisión. No vamos a intentar aquí un pormenorizado balance de las distintas interpretaciones que se han hecho en torno a este fenómeno. Más allá de la complejidad que supondría esta tarea, la riqueza y amplitud de los abordajes que se han dedicado al tema ameritaría un espacio mucho mayor. No es ése, pues, nuestro propósito. Buscamos, en definitiva, esbozar una reflexión que dé cuenta de cómo una amplia tradición de la izquierda ha pensado las implicancias políticas del problema de lo nacional. O, mejor, las formas en las que lo nacional ha sido entendido en el marco de los intentos de encarar un proyecto transformador de lo social. Si, como veremos, estas tentativas se han realizado a partir de una mirada particular sobre los debates que plantea la emergencia de la Nación, creemos posible dejar sentados algunos interrogantes que permitan delinear nuevas

sendas por las que discurrir en el camino de afianzar un horizonte emancipatorio.

II. Señalar que desde la izquierda se ha prestado una considerable atención al problema de lo nacional es quizás hacer gala de una obviedad. Pero si aguzamos la mirada y vemos que buena parte de esa atención se ha inscripto en una misma lógica de abordaje del problema parece que nos alejamos del terreno de lo evidente hacia un campo más fecundo. Y esta sensación adquiere mayor firmeza aun cuando observamos que ese denominador común que unifica una cantidad significativa de escritos sobre el tema encuentra su punto de partida en unas premisas que consideramos, cuanto menos, discutibles. Veamos un poco más en detalle de qué se trata.

Tenemos, ante todo, el *topos* de la falsa conciencia como aquel que permite aglutinar esta serie de obras sobre lo nacional y el nacionalismo. Según señalan estas interpretaciones, al calor de la aparición de los Estados modernos, la construcción de un mito y una identidad nacionales sería uno de los elementos centrales que la burguesía habría desarrollado para sentar las bases de un orden que asegure su reproducción como clase. Como si se tratase de un conjunto de valores e instituciones que son elaborados *a priori* y consumidos por un público pasivo que se limita adoptar de forma acrítica las identidades propuestas por la clase dominante, el nacionalismo habría marcado a fuego la posibilidad de la emergencia de un sujeto clasista con conciencia de sus propios intereses. Si la perspectiva internacionalista de la clase obrera se sitúa en el horizonte de esta teoría crítica, la adopción de lo nacional como elemento que organiza al conjunto de la población circunscripta a un Estado haría las veces de dispositivo que, por el contrario, enajena al trabajador sus propios intereses. En otras palabras, si el pueblo se piensa como conjunto nacional, como una comunidad que debe subsanar las tensiones que genera el capitalismo como sistema de explotación en beneficio de una unidad que se resume en la nacionalidad compartida, pues entonces la posibilidad de que los trabajadores puedan identificarse como clase explotada que debe alzarse contra sus verdugos se convierte en una quimera oculta tras el velo de lo ideológico. La conciencia de clase, como vemos, aprisionada por una idea de la Nación que debe ser salvaguarda al margen de cualquier tensión, es desplazada por una falsa conciencia que *engaña* a los trabajadores en el camino de consolidarse como sujeto autónomo.

Por supuesto que dentro de este campo existen marcadas diferencias entre los autores que han venido abordando el problema, pero existe también una coincidencia no casual que permite circunscribirlos a un conjunto relativamente homogéneo: el terreno del nacionalismo es un ámbito a todas luces hostil para la clase obrera, donde la lógica que impera condiciona su derrota apenas se ingresa en él. No hay margen de incerteza desde esta perspectiva, en tanto nos encontramos con una ideología vinculada a lo nacional que niega desde sus principios la posibilidad de una identidad clasista que devenga revolucionaria.

Hasta aquí un primer conjunto de trabajos que se han dedicado a pensar la cuestión de lo nacional. Pero aun en la órbita de estos escritos podemos encontrar otro grupo de interpretaciones que comparte algunos de sus elementos centrales aunque con ciertos matices. Y, para mayores precisiones, contamos con un texto fundante de esta tradición, que veremos luego reaparecer en contextos particulares desde variadas corrientes de izquierda a lo largo del siglo XX. Nos referimos, puntualmente, a la carta que escribe Marx a Engels sobre la cuestión irlandesa. Allí nos enfrentamos a una variación respecto a la matriz principal presentada más arriba, en la medida en que el sentimiento nacionalista que se consolidaba por ese entonces, cada vez más comienza a ser visto como un elemento a partir del cual pueden afianzarse las luchas revolucionarias. Si, en ocasiones, la emergencia de un Estado nacional podía tener como correlato disputas de intereses entre países en pugna, esa emergencia de un campo de conflictos abría el juego para una agitación política que promoviera la independencia de clase del conjunto de los trabajadores. Claro que esta perspectiva, como decíamos, no ha sido abandonada. Más aun, vemos como aparecen unas líneas de continuidad claras entre estos planteos y aquellos que se aprestan a ver fenómenos del llamado nacionalismo burgués -particularmente para casos latinoamericanos- como espacios desde donde la disputa frente a potencias imperialistas abre un marco de posibilidades para encarar la construcción de una alternativa verdaderamente clasista. Se trata, en definitiva, de la emergencia de la idea de naciones oprimidas y opresoras en la tradición marxista. Pero, a pesar de este cambio de signo en cuanto a la valoración de algunos aspectos puntuales del fenómeno nacionalista, vemos de qué forma la idea subyacente se mantiene en pie, en tanto se lo sigue pensando como algo que *engaña*, que *oculta*, no dejando ver una verdad de clase que recorre, por lo bajo pero inmutable, lo social. En el mejor de los casos ahora el nacionalismo comienza a ser pensado como un sentimiento que puede ser *manipulado* con vistas a la emergencia de un

sujeto revolucionario, pero siempre como una construcción asociada, en última instancia, a los intereses de las clases dominantes.

Si al comienzo de este apartado habíamos apuntado que ambas perspectivas, provenientes del ámbito de la izquierda, respondían en definitiva a una lógica común, es momento entonces de que nos detengamos a reflexionar sobre el por qué de esta afirmación. Pero ya no desde la presentación de los elementos que funcionan como puntos de partida epistemológicos de estos estudios, sino desde la discusión que supone sentar las bases para un debate que se propone pensar un horizonte distinto para la problemática abordada.

Nos encontramos, si posamos la mirada en toda esta serie de trabajos, con una dicotomía que parece ser la clave para el abordaje del problema del nacionalismo. Tenemos, de un lado, una identidad clasista que se nos presenta como dada, como natural y necesaria. La clase obrera, ocupando un espacio específico en el proceso productivo, tiene como propiedad intrínseca una conciencia revolucionaria que le es propia. O, al menos, que debería serle propia. Si acaso no logra asumir la tarea que le ha sido impuesta por la propia marcha de la Historia, sino no puede afrontar su *deber ser* a la altura del desafío, es porque se encuentra sujeta a unas cadenas que le impiden el desarrollo de su plena conciencia. Y, claro, estas cadenas encuentran su manifestación más evidente en el otro polo de esta dicotomía, el de la formación de una identidad nacional. Una identidad nacional que, por cierto, se opone también en la medida en que es pensada como un artificio al servicio de la clase dominante, donde su carácter de *inventada* la convierte en un fenómeno de naturaleza distinta al de una identidad de clase. Si reducimos aun más el análisis, lo que se opone, entonces, no es ya sólo lo nacional y lo clasista, sino lo *inventado* y lo *natural*, donde la clase y la consolidación de un proyecto político que la libere se inscriben en un devenir en el que la fatalidad histórica juega un rol determinante en este edificio teórico. No es sólo el sujeto el que aparece dado de antemano entonces, también la conciencia que le es propia se convierte en un elemento que no puede escapar a la lógica del sistema social en el que se inscribe.

Tenemos que, como resultado de todo esto, para una parte no menor de la izquierda actual, la idea de Nación, y el nacionalismo en sí mismo, es un fenómeno al que hay que combatir. Sólo de esa forma podrá emerger una verdadera identidad de clase que asuma sus tareas históricas y se enfrente a sus opresores. Pero también tenemos, como decíamos al inicio, la posibilidad de reflexionar sobre las implicancias de esta posición. Se trata de un ejercicio que, creemos, resulta indispensable para los desafíos que supone encarar un proyecto

transformador.

III. Parece aventurada la idea de que repensar el problema del nacionalismo supone repensarnos en muchos aspectos como izquierda... pero no lo es tanto. En el marco de una coyuntura latinoamericana particularmente significativa, tal vez sea indispensable retomar una premisa que ha estado presente en algunos de los procesos de cambio social más profundos que nuestro continente ha visto emerger, así como también en varias de las plumas que con mayor precisión se han prestado a reflexionar sobre los desafíos que plantea la construcción de un horizonte emancipatorio. Nos referimos a la necesidad de tomar conciencia del hecho de que todo proyecto político que persiga una transformación radical de la sociedad debe partir siempre de unas condiciones dadas, de una situación que no es la elegida sino la que *toca en suerte*. Es a partir de allí que todo proyecto de izquierda debe ser encarado, jamás reemplazando este hecho por unas recetas prefabricadas que le otorguen mayor coherencia a las propuestas políticas propias. Lo que suena como una obviedad, veremos, adquiere una significación fundamental si profundizamos el análisis.

Dicho esto, debemos también retomar la idea de que las identidades sociales no son un fenómeno que pueda ser pensado de forma monolítica ni estable. Si nos dedicamos a indagar en cualquier proceso de formación y desarrollo de una identidad de grupo, vamos a poder observar, sin demasiado esfuerzo, que éstas no están sujetas a una construcción lineal ni unívoca. Y esto por una sencilla razón: en tanto ficciones, en tanto instituciones sociales, se encuentran atravesadas por múltiples tensiones que las modifican y, a la vez, las configuran como tales. Esto vale, a pesar de las reticencias que pueda generar, también para la identidad de clase. En tanto identidad, estamos frente a una construcción, sin que por eso se le impute en consecuencia un carácter negativo. Pero lo que sí, en cambio, se vuelve entonces negativo es renegar de este hecho mismo, ya que en su negación queda implícita la dificultad de dar vida a identidades sociales que se consideren a sí mismas transformadoras. Y el uso del plural no es menor, ya que al mismo tiempo se hace presente el problema de definir si acaso el sujeto clasista representa la única instancia identitaria a partir de la cual es posible pensar el cambio social. Si, como decíamos, retomamos la idea de partir de lo dado, de la situación que nos configura y precede, entonces vamos a ser capaces de encontrar nuevos espacios desde donde disputar sentido y dar vida a un proceso de ruptura con el orden establecido.

Y es aquí es donde lo nacional vuelve a entrar en escena con toda su fuerza. Si ya vimos que la oposición en términos de natural/creado en la relación clasismo/nacionalismo no es sino una premisa metodológica cuanto menos discutible, entonces podemos dar un paso más y pensarlas como identidades que en cualquier contexto social coexisten y se superponen. Incluso más, podemos agregar que la idea de una clase obrera como sujeto unívoco capaz de portar las luces de un nuevo horizonte social puede ser también puesta en entredicho, en la medida en la que de lo que se trata es dar la disputa en todos los terrenos que sea posible, buscando construir múltiples sujetos que se identifiquen a sí mismos como emergentes populares en la búsqueda del cambio social. Siendo así, pues, la relevancia de repensar la perspectiva desde donde se mira el fenómeno nacionalista es aun mayor.

Claro que no renegamos aquí del hecho de que existe una construcción del mito nacionalista que responde a los intereses de las clases dominantes. Afirmar semejante idea sería una necesidad. Es evidente que al calor del surgimiento de los Estados modernos se fue construyendo, desde distintos espacios de poder, un discurso de lo nacional con objetivos definidos. Ya sea para segregar a los que quedan fuera de la comunidad propuesta -pueblos originarios, minorías étnicas, nacionalidades al interior de un Estado más amplio- o promover un ideal de igualdad ciudadana que intente subsumir en sí las tensiones propias de la sociedad en la que se inscribe, este discurso nacionalista no ha nacido libre de pecado. Lo que no resulta tan evidente es que ese mismo discurso haya estado -o, mejor aun, esté- dotado de una plena capacidad de crear sentido en los sujetos a los que interpela. Y el uso del término sujeto en este caso no es inocente: en tanto interpela sujetos, queda a merced de una reapropiación crítica perfectamente capaz de reconfigurar y transformar la identidad que se propone. Incluso, esos mismos sujetos son los que, mientras se daba forma desde distintas instituciones estatales a la versión dominante del discurso nacional, promovían, en muchos casos en paralelo, una idea distinta de lo nacional, portadora de otros contenidos. Y es esto mismo, en definitiva, lo que abre la puerta a la posibilidad de pensar el ámbito del nacionalismo como un terreno donde intervenir activamente.

Nos encontramos, entonces, con un campo de disputa, bien distinto al espacio clausurado que proponen todavía ciertos sectores de la izquierda. Un campo de disputa que, como tal, no representa un camino seguro ni lineal a la hora de buscar construir sujetos sociales que den la pelea por un cambio. Pero, claro, renegar por ello de las potencialidades implícitas allí sería dar la espalda a lo que, mirando

en situación, nos interpela a la hora de construir una política popular. Si, como venimos viendo, el terreno del nacionalismo ha estado sujeto siempre a múltiples intervenciones desde distintos espacios, intentar entonces promover una idea de nacionalidad que conlleve una ruptura con el modelo de Nación excluyente al que estamos habituados no es una tarea menor. Y si, al mismo tiempo, aceptamos el hecho de que el sentirse parte de una nacionalidad, de habitar la idea de *lo argentino*, es un elemento central de la sociedad actual, la radicalidad de este gesto político cobra una urgencia impostergable.

¿De qué se trata, entonces? Ante todo, de saber que es imprescindible abandonar la altanería de quienes se creen con el derecho de poder dictaminar el carácter ilusorio de una expresión popular como es el nacionalismo. Que existan concepciones de lo nacional que se fundan en la opresión y en la exclusión social no desmerece en sí misma la posibilidad de un sentimiento nacionalista que destaque otros valores. Acaso sea el momento de retomar desde la izquierda la necesidad de definir un modelo de Nación que presente batalla a quienes nos quieren *ciudadanizar* desde los aparatos estatales. Tenemos la posibilidad de retomar muchas tradiciones aun vigentes en nuestro país, de quienes hicieron el esfuerzo de definir un nacionalismo que respete los pueblos originarios, que dé lugar a las distintas expresiones culturales y que, a un mismo tiempo, se funde en una idea de igualdad social verdadera. Tenemos, también, Nuestra América, como Patria Grande en la que confluyen, resignificándose, las distintas y variadas tradiciones de las Naciones Latinoamericanas. Tenemos, en definitiva, un horizonte abierto que, a pesar de las nubes que puedan oscurecerlo, siempre será más promisorio que la ceguera de negar las herencias culturales con las que dialogamos desde nuestro presente.

Hasta aquí, entonces, esta reflexión que no pretende ser más que un interrogante dejado a la deriva para ser retomado -o, acaso, desechado- desde la práctica política concreta. Vimos, en resumen, que la lógica común que ha unificado los modos en que ciertas tradiciones de la izquierda han pensado el fenómeno nacionalista no hace sino cerrar un espacio de disputa. Pensamos, también, cómo en este gesto se esconden unas formas de pensar ciertos aspectos de lo político que sin dudas resultan negativos en el camino de afianzar un proyecto transformador. Y, claro, decidimos no quedarnos en la simple denuncia y subrayar que, si vemos en el nacionalismo un terreno en el que es imprescindible intervenir como actores definidos, es nuestra tarea tomar el papel que nos corresponde como izquierda.

Por todo esto, si nos proponen la Nación de unos pocos, opongamos una Argentina popular. Si nos quieren convencer con un nacionalismo que se impone a sangre y fuego, retomemos la idea de una Nación donde se respeten los derechos de los pueblos originarios, donde conservemos las distintas tradiciones culturales. Si nos inculcan en la escuela una *argentinidad* patrioterica, levantemos la idea de una Patria Grande de los pueblos latinoamericanos. El desafío de la Nación, finalmente, debe ser retomado con más seriedad que nunca por el campo popular. Que lo nacional deje de ser algo impuesto desde arriba y sean los pueblos los que lo definan.